



Mauricio Bacarisse

Los hombres y los sitios

Azorín en La Perla

Al fin llegué a San Sebastián. Bajé al andén tambaleándome, con las pestañas quemadas y los guantes mugrientos. Como si no estuviera suficientemente zarandeado, caí en un coche. No podía cerrar los ojos, ni moverlos. Un escozor agudo me impedía parpadear. Resignado, los abrí desmesuradamente, como un extático, sin fijarme en nada. Solo llegaba a mi conciencia un denso rumor de muchedumbre. Pensé: ¡Cuánta gente hay este año!

Estuve apoyando el timbre durante un cuarto de hora y nadie vino a abrir. El maletero me hizo una observación escalofriante: «Debe usted de haberse confundido. Este cuarto está desalquilado». Seguí apretando el ombligo de la puerta durante veinte, veinticinco, treinta minutos, al cabo de los cuales abrió la cocinera, muy repeinada, sin inquietud ni prisa, sonriente.

-Hola, señorito. Notó mi furor.

-Estoy sola. No hay nadie más. Las señoritas están en misa; el señor en el Casino, escribiendo unas cartas; el señorito en la playa. Las muchachas han ido a la iglesia o a la calle.

Abrí tanto los ojos que no sé cómo no se me cayeron de las órbitas.

-No se extrañe usted, señorito; es que hoy es domingo.

Salí. En la calle no se podía dar un paso. En la ciudad ni un solo habitante, habitual o temporal, debía de estar en su domicilio. Todo hervía de gente. Me interné en la Concha, por donde iba y venía un mar humano y selecto. Escurriéndome y empujando tardé hora y media en llegar a La Perla. Como era ya tarde, la rotonda se había despoblado. Me detuve un momento para respirar mirando la mancha marina, acariciante y consoladora. Después entré en la galería de los cuartos de baño. Una luz

dorada y suave bailaba en aquel túnel bruñido e immaculado, todo de azulejo blanco. - 434- A primera vista no se advertía vestigio de ser humano. Ni siquiera se veían apetitosas bañeras, náyades de alpargatas y pendientes de perlas como avellanas. Solo en un lejano banco se adivinaba a alguien. Me acerqué. ¿Quién sería aquel señor de pantalón de franela y zapatos blancos que, detrás del diario desplegado, estaba allí, en aquel rincón, alejado, escondido, ajeno al ruido y a la confusión dominicales? Dejó caer el periódico. Era Azorín. Sólo él, por su finura y su pureza, podía estar acoquinado por lo que a nadie amedrentaba.

Lloraban los grifos canoros de los baños con húmedos y largos suspiros. El maestro, en el fondo del túnel claro, lejos del mundanal bullicio, y más lejos aún de la solución de Séneca, que en las cercanas pilas se ofrecía, leía la prensa con los labios muy apretados.

Emilio Carrere, catedrático

Viéndole ir y venir tantas veces por la calle Ancha, en la que va devanando la madeja del hilo de su vida, Emilio Carrere se nos ha antojado un catedrático, precisamente más por la disparidad de su espíritu con el del profesor-tipo que por la comunidad de itinerario. Sería un loco capricho desear que amaneciera a las doce de la noche o que todos los sábados hubiese eclipse de luna, porque tal afán se estrellaría en una necesidad cósmica absolutamente irreductible. Pero hacer de un anticatedrático un catedrático sería factible, gentil y laudable. ¿Quiénes deben ser los encargados de una labor docente? Sin duda aquellos que pueden transmitir a la juventud parte del caudal de su espíritu, cuando en este hay algo que interesa o halaga a aquella. Los estudiantes, aunque no llaman a Carrere el «poeta de nuestro tiempo», como el buen pueblo, se saben de memoria La musa del arroyo y El caballero de la muerte. Todos reconocen al poeta en el embozado sin afeitar que recorre la calle Ancha, lleva corbata de plastrón deshecho, habla del periespíritu y hace cincuenta carambolas de una tacada.

-¿De qué van ustedes a hacerle catedrático? -exclamarían muchos cascarrabias-. ¿Qué asignatura quieren que explique un hombre que no tiene más que sensibilidad? Que no explique nada y que sea catedrático de sensibilidad superior, es decir, educador de sensibilidades.

-435-

Bien están la cultura física y las disciplinas científicas, pero las juventudes, siempre un poco brutales y chabacanas, necesitan un profesor de emoción.

Esté tranquilo, no obstante, el ministro de Instrucción Pública presente y todos los futuros, porque no hemos de pedir para el poeta una cátedra que solo tiene un valor imaginario y simbólico. Solo por el sitio en que se le ve, por la trayectoria que sigue, codeándose en las aceras con los profesores de la Universidad, incluso con Cejador, y por la influencia tácita, subrepticia y misteriosa que ejerce sobre los jóvenes, hemos podido verle entre los antípodas de sus gustos y aptitudes.

Creo que su Universidad sea el universo, o cuando menos, el pedazo de universo prendido entre la glorieta de San Bernardo y la plaza de Santo Domingo. Su ambición y su orgullo son exclusivamente líricos. Hasta es posible que ese botón que le falta en la americana, en vez de ser un botón negro, fuese uno de aquellos de letrado rezase: «No me diga usted que no soy un gran poeta».

Catedrático numerario de emoción, espiritismo y billar es a todo momento y por doquier va. El profesor auxiliar de su cátedra es el señor Leza, hombre culto, delicado,

sensitivo, de barba tan frondosa que nos hace pensar, al verle, en aquellos burgueses que salvaron la ciudad de Calais con la llave en la mano y la soga al cuello.

Ricardo Baroja en el parque del Oeste

Toda esa gente que en los días festivos y espléndidos de invierno camina apiñada y presurosa por el paseo de Rosales, formando una franja humana, me ha dado siempre la sensación de una muchedumbre que iba al Juicio Final. Sólo Pedro Brueghel, el Viejo, supo dar a lo múltiple esa misma variedad, y al conjunto gregario la simultaneidad de accidentes que ofrece tal cáfila de seres enamorados del sol, mitad lacértidos y mitad humanas. Por su semejanza con los desfiles apocalípticos de las tablas flamencas - siempre cómicas-, he creído que los domingueros de Rosales iban en pos de la última sanción. ¿Por qué tienen tanta prisa? ¿Por qué quieren atropellar a los que caminan delante? Por mucho que corran no podrán evitar que el sol que tanto aman les deje a todos a la misma hora. Y ese afán de no perder los rayos solares es el mismo de no perder la vida o la eterna salvación.

-436-

Una tarde de otoño, toda de oro y esmeralda, di con Ricardo Baroja en el parque. Cubierto de un sombrero informe, con unos pantalones viejos y una capa parda, el pintor y grabador parecía un aldeano feliz y vigoroso. Entre los labios llevaba una cachimba de tamaño respetable y era tan cortés con ella que la aprisionaba con una sonrisa. La luz vibraba tan límpida y sagazmente que solo en los ojos bruñidos de Ricardo Baroja tenía un reflejo auténtico y digno. Había yo soportado tanta mirada turbia y lacia que, al ver al vasco displicente y mal vestido, satisfecho de la ración de luminosidad que otorgaba noviembre, me pareció que él, como si hubiese vuelto la bóveda del cielo, bebía la certidumbre en un cuenco de diafanidad. Cuando la turba iba al Juicio Final, él, en dirección contraria, gozando en su regreso, sonreía como un emperador de la Simpatía y la Campechanería ante el peligro de las inexorables e ineludibles diligencias. Aquel gran artista despreocupado y jocundo nada tenía que temer en su fuero interno de hombre perspicaz que ve muy claras las cosas y posee la efusión suficiente para descartar ciertas dádivas y enloquecer por algunos irresolubles acertijos.

El profesor Retortillo frente a la estación del Mediodía

El elegante que en Madrid ha conseguido una elegancia más personal y perfecta es don Alfonso Retortillo, catedrático auxiliar de Derecho internacional en nuestra Universidad. No estriba la elegancia en ceder a las influencias de la moda, sino en resistir y perdurar en los detalles de indumento que más favorezcan y mayor carácter presten. Aquel gran elegante que se llamó Barbey d'Aurevilly, y que mal que pese a Ramón Gómez de la Serna nunca fue a los teatros «envuelto en una bufanda como en una toquilla», sino que jugaba con el bastón de puño cincelado sin quitarse los guantes negros bordados en oro -¡oh, sublimidad!-, fue también un rezagado, un refractario a la «última» moda. Ya muy entrada la República, se le veía en el patio de butacas, con su levita entallada y de vuelos, y un sombrero de copa de alabeados contornos y retorcidas alas, del tiempo imperial. El señor Retortillo es el Barbey de nuestro tiempo. Sus descomunales pajaritas, sus chalecos blancos, sus botines claros, sus corbatas de

plastrón y, sobre todo, sus sombreros minúsculos, son testimonio de contumacia en admitir modas denigrantes (el cuello flojo, por ejemplo) y prueba, por el contrario, de obedecer a la innovación feliz (v. g.: el frégoli de paja). La verdadera elegancia es la que perdura en sus caracteres esenciales, y no la que cede y se adapta al capricho pasajero y trivial.

Yo recuerdo al profesor Retortillo caminando aparentemente hacia la estación del Mediodía, una tarde de invierno. En el fondo de aquel lienzo momentáneo se destacaba, a un lado, el bronce verdinegro de don Claudio Moyano y, al otro, los audaces y encabritados corceles que en lo alto del Ministerio de Instrucción Pública son el símbolo de lo que está en vilo. El catedrático, envuelto en un irreprochable y corto gabán azul, tocado de un sombrero pequeñito, más para el bregma que para el cráneo entero, caminaba despacio saboreando un habano.

Y como la proximidad de una estación es siempre desoladora, temí que el profesor de elegancia abandonara la ciudad y nos privase de esa lección que en sus paseos da sin explicarla. Fue un momento de emoción, ya que hasta quien toma billete de andén parece abandonarnos irremediable y definitivamente. Pero se disipó mi inquietud al verle pasar de largo.

[España, 286, 23 de octubre de 1920]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo